

«Fantástico.»
NOAM CHOMSKY

JOHANN HARI

TRAS

«Impresionante.»
ELTON JOHN

«Apasionante.»
NAOMI KLEIN

EL

«Brillante.»
STEPHEN FRY

GRITO

«Riguroso.»
GLENN GREENWALD

UN RELATO REVOLUCIONARIO
Y SORPRELENDE SOBRE
LA VERDADERA HISTORIA
DE LA GUERRA CONTRA
LAS DROGAS

PAIDÓS CONTEXTOS

JOHANN HARI

TRAS EL GRITO

*Un relato revolucionario y sorprendente
sobre la verdadera historia
de la guerra contra las drogas*

Título original: *Chasing the scream*, de Johann Hari
Publicado originalmente en inglés por Bloomsbury Circus

Traducción de María José Viejo Pérez

Diseño de la cubierta: Greg Heinimann
Fotografía del autor: © Simon Emmett
Fotografía de cubierta: © Georgijevic - Getty Images
Adaptación del diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial
Grupo Planeta

1ª edición, mayo 2015

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2015 Johann Hari
© 2015 de la traducción, María José Viejo Pérez
© 2015 de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U.,
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3125-1
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Depósito legal: B. 8.625-2015
Impresión y encuadernación: Reinbook, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Introducción.....	13
-------------------	----

Primera parte
EL MONTE RUSHMORE

1. La Mano Negra	19
2. Sol y debilidad	51
3. En el punto de mira de Harry	63
4. La bala del comienzo	69

Segunda parte
FANTASMAS

5. Souls of Mischief	85
6. No es fácil ser Harry	115
7. Setas	131

Tercera parte
ÁNGELES

8. Vergüenza	135
9. Bart Simpson y el ángel de Ciudad Juárez	151
10. La larga marcha de Marisela	169

Cuarta parte
EL TEMPLO

11. La mangosta afligida	185
12. Terminal City	197
13. Batman estaba equivocado	217

Quinta parte
PAZ

14. La revuelta de los adictos	241
15. Nieve y fortaleza	263
16. El espíritu del 74	297
17. El hombre en el pozo	325
18. Solo ante el peligro	349
Conclusión: Cuando estás solo	369
Nota sobre las técnicas narrativas	381
Agradecimientos	383
Notas	387
Bibliografía	435

CAPÍTULO

1

La Mano Negra

A mi llegada a Nueva York me encontraba en la cola de la aduana del JFK, esperando bajo las mortecinas luces de neón del aeropuerto, cuando empecé a darle vueltas a la guerra contra las drogas y, concretamente, al momento en que se había iniciado aquel conflicto. Tenía la impresión de que posiblemente había sido en la década de 1970, durante el mandato de Nixon, cuando se popularizó el término. Aunque, quién sabe, tal vez fuera en la década de 1980, con Reagan como presidente, cuando el «Sencillamente di no» se convirtió en una especie de himno nacional alternativo.

Solo después de haberme recorrido Nueva York de cabo a rabo entrevistando a expertos en materia de política antidroga, alcancé a entender que esta historia en realidad había empezado mucho antes. La idea de librar una «guerra implacable» contra las drogas¹ surgió en la década de 1930 de la mano de un hombre que hoy en día está completamente olvidado, a pesar de que su aportación ha sido capital en la concepción de las drogas que impera en la actualidad. Pronto me enteré de que en la Penn State University había infinidad de documentos de aquel hombre (su diario, sus cartas, los expedientes de sus casos...), así que sin dudarle un instante me subí a un autobús Greyhound y, en cuanto llegué, me puse a leer todos los escritos que pude encontrar de Harry Anslinger o sobre su persona. Solamente entonces empecé a vislumbrar quién era en realidad aquel hombre y lo que hoy en día supone para nosotros.²

Leyendo sus documentos descubrí que, cuando se desencadena la guerra contra las drogas, aparecen en escena tres personas a las que podríamos considerar como sus padres fundadores, pues si hubiera algo así como un monte Rushmore de la prohibición de las drogas, sus rostros estarían esculpidos en la montaña sosteniendo impasibles la mi-

rada mientras van siendo devorados por la erosión. Para documentarme busqué información en otros muchos archivos, amén de entrevistar a las últimas personas que podían recordarlos. Ahora, tres años después de haber iniciado mi investigación y con todo lo que he descubierto, puedo figurarme cómo eran realmente esos padres fundadores cuando empezaron a sonar los tambores de guerra: unas criaturas de corta edad que vivían en distintos lugares de Estados Unidos, sin intuir siquiera lo que estaba a punto de venírseles encima o lo que iban a conseguir. Con ellos, creo yo, da comienzo esta historia.

En 1904, en el oeste de Pensilvania, un niño de doce años se encontraba en la granja de su vecino, entre campos sembrados de maíz, cuando oyó un grito.³ Venía de alguna de las habitaciones de arriba. Ese aullido —desesperado, doliente— le dejó perplejo. ¿Qué es lo que estaba pasando? ¿Por qué aullaba una mujer adulta como un animal?⁴

El marido bajó corriendo las escaleras y apresuradamente le dio al chico unas cuantas instrucciones: «Coge mi caballo y cabalga hasta el pueblo lo más rápido que puedas. Tienes que recoger un paquete en la farmacia. Tráelo aquí. ¡Vamos, date prisa!».

El chico azuzó con furia a los caballos, pues estaba convencido de que, si tardaba demasiado, a su vuelta se encontraría con un cadáver. Apenas había traspasado el umbral y entregado la bolsa de la farmacia a su vecino cuando este corrió en pos de su mujer. El grito cesó de inmediato; ahora estaba tranquila. El chico, sin embargo, no se sentía tranquilo y de hecho nunca volvería a estarlo.

«Jamás olvidé aquellos gritos», escribió años más tarde.⁵ Desde entonces estaba convencido de que entre nosotros hay personas que parecen tener un aspecto normal, pero que en cualquier momento pueden volverse «impulsivas, histéricas, depravadas, violentas e incluso locas de atar»⁶ si se les permitía entrar en contacto con la sustancia más desquiciante que existe: las drogas.

De adulto iba a alimentar algunos de los temores más arraigados en la cultura americana —su miedo a las minorías raciales, a la ebriedad y a la pérdida del control— y a canalizarlos en una guerra global contra las drogas a fin de evitar esos gritos. Por su parte, esta guerra iba a provocar también muchos otros gritos. Prácticamente no hay ciudad en el mundo en que no puedan oírse cada noche.

Y así es como Harry Anslinger entró en la guerra contra las drogas.

Otra tarde de unos años antes, en el Upper East Side de Manhattan, un acaudalado comerciante judío ortodoxo presenciaba una escena que era incapaz de entender. Su hijo de tres años blandía un cuchillo sobre su hermano mayor, que estaba dormido, y se disponía a clavárselo.⁷ «¿Por qué, hijo mío, por qué?», preguntó el comerciante. El pequeño dijo que odiaba a su hermano.

Lo cierto es que aquel niño iba a odiar a muchas personas a lo largo de su vida; de hecho, prácticamente a cualquiera que se le cruzaba por delante. Como diría algún tiempo después: «La mayoría de los seres humanos son majaderos e imbéciles que tienen el juicio podrido y ni un ápice de inteligencia».⁸ Él mismo se encargaría de liquidar a muchos de ellos tan pronto como hubo obtenido la riqueza y el poder suficientes para conseguir el apoyo de otros que también empuñaban un arma. Por regla general, las personas como él siempre acababan en prisión pero no fue este el caso. Él se hallaba al frente de una industria que no solo buscaba a hombres capaces de los actos más violentos sino que los recompensaba: era la industria del nuevo mercado de las drogas ilegales en Norteamérica. Cuando cayó abatido por las balas —separado por unas veinte manzanas, incontables asesinatos y millones de dólares respecto de su hermanito dormido en su cama aquella noche— era un hombre libre.

Y así es como Arnold Rothstein hizo su entrada en la guerra de las drogas.

Otra tarde distinta de 1920, una niña de seis años está tumbada en el suelo de un burdel de Baltimore escuchando discos de jazz. Su madre, convencida de que esa música era obra de Satanás,⁹ no estaba dispuesta a permitir que su hija oyera una sola nota en casa, así que la niña se había ofrecido a realizar tareas de limpieza para la madama del prostíbulo, siempre que, en lugar de pagarle cinco centavos como al resto de las chicas, se le permitiera disfrutar de su salario allí mismo, en el suelo, escuchando durante horas aquella música que la tenía cautivada. Era una música que le hacía sentir algo indescriptible pero que estaba decidida a hacer sentir a otras personas algún día.¹⁰

Incluso después de haber sido violada, después de haberse prostituido, después de haber empezado a inyectarse heroína para ahuyentar el dolor, esa música siempre estaba ahí para ella, aguardándola.

Y así es como Billie Holiday hizo entrada en la guerra contra las drogas.

En la época en que nacieron Harry, Arnold y Billie se podía comprar drogas en cualquier país del mundo sin ningún problema. Si uno entraba en una farmacia cualquiera de Estados Unidos podía comprar productos en cuya composición había sustancias psicoactivas tales como la heroína o la cocaína. Por ejemplo, algunos de los jarabes para la tos más populares en aquellos años contenían opiáceos, mientras que un nuevo refresco llamado Coca-Cola se fabricaba a partir de la misma planta que la cocaína. En Gran Bretaña, los centros comerciales de lujo, mucho más sofisticados, vendían a mujeres de la alta sociedad heroína en unas cajitas de latón.¹¹

Pero en aquellos días la cultura norteamericana buscaba una salida a su inquietud, a la preocupación que iba en aumento día tras día: necesitaban algo real que poder destrozarse, con la esperanza de que esa destrucción pusiera fin al miedo que sentían ante un mundo que estaba cambiando mucho más rápido que lo que sus padres y abuelos hubieran podido concebir. Ese ansiado objeto fueron precisamente las sustancias psicoactivas. En el año 1914, es decir, hace un siglo, se decidió acabar con ellas. Eliminarlas de la faz de la Tierra. Para liberar a las personas.

Una vez tomada la decisión, Harry, Arnold y Billie se iban a ver arrojados a ese primer campo de batalla y por eso mismo se vieron forzados a combatir.

Cuando Billie Holiday salía al escenario aparecía con el pelo peinado hacia atrás, el rostro brillante bajo las luces y la voz desgarrada por el dolor.¹² Fue una de esas noches, en 1939,¹³ cuando empezó a cantar una canción que se convertiría en un icono:¹⁴

*Southern trees bear a strange fruit
Blood on the leaves and blood at the root.**

Hasta entonces a las mujeres negras, salvo muy raras excepciones, solo se les permitía actuar como si fueran muñecas sonrientes sin ninguna emoción o sentimiento verdadero.¹⁵ Y sin embargo, aquel día tenían sobre el escenario a Lady Day, una cantante negra que expresaba dolor y rabia por el asesinato de sus hermanos sureños: sus cuerpos apaleados habían quedado colgados de los árboles.¹⁶

* Los árboles del Sur tienen una extraña fruta, / sangre en las hojas y sangre en las raíces. (*N. de la t.*)

«Si lo piensas bien, fue muy valiente», me dijo su ahijada, Lorraine Feather. En esa época «todas las canciones trataban de amor. No había canciones de esas que se interpretan en hoteles que trataran del asesinato de nadie, y menos de un acto tan sórdido y cruel como aquel. Sencillamente no se componía algo así. Jamás». ¿Y resulta que ahora tenían a una afroamericana componiendo canciones, y además sobre un linchamiento? Lo cierto es que, si Billie compuso aquella canción, fue sobre todo porque «parecía ofrecer una explicación a todo lo que había matado» a su padre, Clarence, en el profundo Sur.¹⁷

El público escuchaba a Billie sin articular palabra. Más adelante se diría que esta actuación marcó «el inicio del movimiento de los derechos civiles».¹⁸ A Lady Day se le prohibió seguir cantando aquella canción. Pero ella se negó.

Al día siguiente empezó a ser perseguida por la Oficina Federal de Estupefacientes, a cuyo frente estaba Harry Anslinger.¹⁹ El hombre que iba a desempeñar un papel clave en la muerte de Billie Holiday.

Desde que tomó posesión de su cargo, Harry sabía que se enfrentaba a un grave problema que a nadie se le pasaba por alto. Y es que acababan de nombrarle director de la Oficina Federal de Estupefacientes, una agencia del Gobierno de relevancia menor, enterrada en las grises entrañas del Departamento del Tesoro en Washington D. C., y que estaba a punto de ser eliminada.²⁰ En realidad era la agencia que antes se ocupaba de la prohibición del alcohol, pero como la Ley Seca había sido abolida, a estos hombres había que asignarles un nuevo cometido, y cuanto antes mejor. Cuando, unos años antes de lanzarse en pos de Billie Holiday, Harry pasó revista a su nuevo equipo, se encontró con un ejército prácticamente derrotado que se había pasado catorce años batallando contra el alcohol, solo para ver cómo este ganaba y además por todo lo alto.²¹ Sus hombres eran corruptos y nada honestos;²² pero ahora Harry tenía la obligación de convertirlos en una fuerza capaz de eliminar las drogas de Estados Unidos para siempre.

Sin embargo este no era más que el primer obstáculo. En aquel entonces, la mayoría de las drogas, incluida la marihuana, eran legales,²³ y de hecho, poco antes el Tribunal Supremo había dictaminado que las personas adictas a alguna de las drogas duras debían recibir tratamiento médico en lugar de ser encarceladas por los hombres de Harry. Y justo en ese momento —muy poco después de que Harry hubiera tomado posesión de su cargo—, el presupuesto de su agencia sufrió un recorte

de 700.000 dólares.²⁴ ¿Cuál era el sentido entonces de su equipo, de su puesto, de su propio trabajo? Daba la impresión de que el pequeño reino de la prohibición de las drogas del que acababa de tomar posesión podía acabar derrumbado por la burocracia.

Al cabo de unos años, el estrés ocasionado por la necesidad de consolidar su agencia y de forjarse un papel para sí mismo hizo que Harry acabara quedándose calvo,²⁵ por lo que al final tendría el aspecto de uno de esos luchadores profesiones que pueden verse en los carteles antiguos.²⁶

Harry estaba convencido de que, si uno está en una posición de debilidad, lo único que puede hacer es apostar a lo más alto.²⁷ Por eso decidió comprometerse a erradicar de la faz de la Tierra todas las drogas; y de esa manera conseguiría que, en los treinta años siguientes, una oficina gubernamental condenada a la desaparición, con un equipo de hombres desalentados, se convirtiese en el cuartel general de una guerra global que duraría cien años y que todavía no ha terminado. Si pudo hacerlo fue porque era un hombre capaz de derrotar a la burocracia y, aún más importante, porque en la cultura norteamericana había un profundo anhelo de un hombre como él, capaz de ofrecer una respuesta segura e incuestionable a sus preguntas sobre las sustancias psicoactivas.

Después de lo sucedido en la granja de su vecino, Harry había decidido liderar la lucha para eliminar las drogas de la faz de la Tierra, pero a nadie se le pasó por la cabeza que podría hacerlo, y mucho menos en tan poco tiempo, teniendo en cuenta de dónde venía. Su padre era un peluquero suizo que había abandonado su hogar en las montañas para evitar el servicio militar y que acabó en tierras de Pensilvania, donde formaría una familia de nueve hijos.²⁸ Como apenas podía permitirse enviarlos al colegio, Harry, el octavo de la prole, se vio obligado a dejar la escuela a los catorce años para ponerse a trabajar en el ferrocarril.²⁹ Aun así, como era uno de esos chicos que arremeten con la vida,³⁰ insistió en trabajar por las tardes y por las noches, reservando las mañanas para los estudios.

Sin embargo, sería en el trabajo remunerado donde Harry obtendría su mejor formación;³¹ ahí, tumbado sobre las vías del tren que recorría el estado de Pensilvania, tendría su primer vislumbre de algo oscuro y oculto y que con el tiempo acabaría convirtiéndose en la segunda obsesión de su vida. En el trabajo, su tarea consistía en supervisar a un nutrido grupo de inmigrantes sicilianos recién llegados al país. A veces, escribía Harry, oía cómo hablaban aparte en voz baja, como si fuera un secreto, de lo que llamaban «La Mano Negra».³²

Harry registraba sus pensamientos con el estilo de las novelas baratas de suspense que tanto le gustaban. La Mano Negra, escribía, no se mencionaba en presencia de extraños. A menos que fuera estrictamente necesario, no se la nombraba ni en presencia de la familia. Pero ella sola podía acabar contigo de un plumazo. ¿Qué era entonces aquella Mano Negra?³³ Nadie soltaba prenda.

Una mañana Harry encontró a uno de los hombres de su cuadrilla —un italiano llamado Giovanni— medio desangrado en una zanja. Le habían disparado varias veces.³⁴ Cuando Giovanni se despertó en el hospital, Harry estaba a su lado, dispuesto a saber de primera mano qué es lo que había sucedido; pero el hombre estaba demasiado asustado para hablar. Anslinger se pasó horas tratando de convencerle de que él mismo se encargaría de mantenerlos a salvo tanto a él como a su familia.

Al final Giovanni acabó hablando. Por lo visto, se había visto obligado a pagar protección a un hombre llamado Sam Boca Grande, uno de los matones de la Mafia, que no era sino una asociación delictiva de personas venidas a Estados Unidos desde Sicilia y que para ocultarse se camuflaban entre los inmigrantes italianos. La Mafia, siguió contando Giovanni, estaba implicada en todo tipo de delitos, y a algunos de los trabajadores del ferrocarril no les quedaba más remedio que pagar el «impuesto del terror»: aquellos que no pagaban acababan en el hospital, o en un lugar mucho peor aún.³⁵

Anslinger fue en busca de Sam Boca Grande —un «inmigrante achaparrado, de pelo negro y complexión de buey»— y le dijo: «Si Giovanni muere, yo mismo me encargaré de que te ahorquen. ¿Lo has entendido?».³⁶ Boca Grande intentó decir algo, pero Harry insistió: «Y si se salva y sigues molestándole, a él o a cualquiera de mis hombres, o intentas sacarles dinero de nuevo, voy a matarte con mis propias manos».

A partir de entonces Harry se obsesionó con la Mafia; precisamente en una época en que la mayoría de los estadounidenses no creían en la existencia de esta asociación de delincuentes. Para nosotros resulta difícil de entender, pero lo cierto es que, hasta la década de 1960, todo representante de la ley en Estados Unidos —desde J. Edgar Hoover para abajo— sostenía que la Mafia no era más que una absurda teoría conspirativa con el mismo anclaje en la realidad que el monstruo del lago Ness.³⁷ Reaccionaban de la misma forma en que lo haríamos nosotros si oyésemos a algún representante político hacer bandera de la teoría de la conspiración para explicar el atentado del 11-S, o poner en cuestión la nacionalidad de Obama y, por tanto, su derecho a ser presidente, o de-

fender la creencia de que los masones están manipulando en secreto lo que sucede en el mundo; es decir, desconcertados ante el hecho de que haya gente que pueda creer algo tan estúpido.³⁸

Harry, sin embargo, había visto con sus propios ojos a un miembro de la Mafia y por eso estaba convencido de que, si seguía la pista desde Sam Boca Grande hasta los matones que formaban parte de la organización podría acceder a una red global mucho más amplia y, quizás, a un «gobierno invisible de alcance mundial» que tendría bajo control el destino del mundo.³⁹ Por eso empezó a recopilar toda la información que pudo encontrar sobre la Mafia, sin importarle la escasa entidad o menor relevancia que pudiera tener la fuente. Recortaba noticias publicadas en revistas populares y luego las archivaba, convencido de que algún día esa información podría serle de utilidad.⁴⁰

Cuando se desencadenó la primera guerra mundial, Harry intentó alistarse en el ejército, pero estaba ciego de un ojo —su hermano le había tirado una piedra unos años antes—, así es que fue rechazado. No obstante, como hablaba bien el alemán, se le ofreció un puesto de agente diplomático en Europa y poco después se hallaba en un barco rumbo a Londres, que se abriría paso a través de una densa niebla que hacía invisibles las islas Británicas, como si estuvieran perdidas. Desde allí viajó a Hamburgo⁴¹ y después a La Haya,⁴² donde se encargaría de recopilar información de los diplomáticos de la zona, además de organizar la asistencia a los soldados estadounidenses allí radicados que se encontraran en dificultades. Entre ellos estaban varios marineros licenciados del servicio, a los que enviaban de vuelta a casa porque se habían hecho adictos a la heroína. Harry se quedó mirando sus rostros cadavéricos⁴³ y al verlos comprobó que el odio a los adictos que sentía de niño no había hecho más que aumentar. Aquello, se prometió a sí mismo, debía acabar.

Poco antes de que terminase la guerra, cuando ya era evidente que Alemania sería derrotada, Harry fue enviado a la que sería su misión más importante: la entrega de un mensaje secreto al defenestrado emperador alemán. Según relataría él mismo, se le envió a la localidad holandesa de Amerongen, en cuyo castillo se refugiaba el káiser de Alemania mientras planeaba su abdicación. Anslinger tenía que hacerse pasar por un oficial alemán y transmitirle el siguiente mensaje de parte del presidente Woodrow Wilson: «No lo haga». Estados Unidos deseaba que el káiser siguiera conservando el trono del imperio para evitar el ascenso de «la revolución, las huelgas y el caos»⁴⁴ porque, según sus previsiones, eso sería lo que sucedería tras su repentino abandono del poder.

Cuando Harry se presentó a la entrada del castillo, se le exigió que mostrara sus credenciales. «Múestrenme ustedes las suyas», replicó de malas maneras con su alemán más feroz. Los centinelas, amedrentados, y dando por hecho que era uno de los hombres del káiser, le permitieron pasar.⁴⁵

De esa forma Anslinger consiguió entregar el mensaje, pero había llegado demasiado tarde. La decisión ya estaba tomada: el káiser abdicaba.⁴⁶ Durante el resto de su vida Anslinger no dejaría de pensar que, si hubiera conseguido entregar la petición del presidente un poco antes, «tal vez podría haberse firmado una paz mucho mejor concebida que hubiese impedido el acceso al poder a cualquier Hitler del futuro y además hubiese evitado el estallido de una nueva conflagración mundial».⁴⁷ En aquella ocasión sintió por primera vez en su vida que el futuro de la civilización estaba en sus manos, si bien es cierto que no sería la última.

Anslinger se encontraba en una Europa reducida a escombros. «La visión de una ciudad en ruinas, sin ningún edificio en pie, transmitía una sensación difícil de describir»,⁴⁸ anotó en su diario. Los puentes bombardeados habían quedado convertidos en un amasijo de piedras.⁴⁹ Las fábricas estaban destruidas en su totalidad o con la maquinaria destrozada languideciendo por los arcones, piezas retorcidas e inútiles que parecían fantasmas de metal de la época que acababan de dejar atrás. Había además en la tierra grandes agujeros de proyectil y alambre de espino por todas partes. Cualquier cosa que uno hubiera podido concebir antes de viajar a Europa, escribió Harry, «se multiplicaba por veinte».

Sin embargo, lo que mayor impresión le causó no fueron los efectos de la guerra sobre los edificios sino sobre las personas, ya que parecían haber perdido todo sentido del orden. Acuciadas por el hambre habían empezado a rebelarse. La caballería cargaba contra ellas mientras calles enteras eran devoradas por las llamas. Harry se encontraba en el vestíbulo de un hotel en Berlín cuando de pronto unos revolucionarios socialistas empezaron a disparar sus ametralladoras y la sangre de una persona que estaba a su lado cayó sobre sus manos.⁵⁰ La civilización, concluyó para sí, era tan frágil como el carácter de la mujer de aquel granjero de Altoona que había conocido en su infancia. Podía romperse en pedazos. A partir de entonces, y durante el resto de su vida, Harry no pudo dejar de sentir que la sociedad americana podía quedar reducida a escombros en tan poco tiempo como lo había sido Europa.⁵¹

En 1926 se le trasladó desde las grises ruinas de Europa a las azuladas aguas de las Bahamas, pero Harry no era de los que buscan relajar-

se.⁵² La Ley Seca se encontraba entonces en su apogeo: la población quería beber y los contrabandistas querían vender, así que el whisky corría por las islas como si fuera agua.⁵³ Harry estaba fuera de sí. Los contrabandistas eran indios y centroamericanos plagados —según creía él— de «enfermedades repugnantes y contagiosas» que se extenderían a cualquiera que fuera lo bastante estúpido como para beber el licor que fabricaban.⁵⁴

«Denme un buen rifle y yo pararé a esos cabrones», dijo uno de los colegas de Harry;⁵⁵ y siguiendo esa misma línea, Harry anunció a sus jefes que solo había una forma de hacer que la Ley Seca funcionase: haciendo un despliegue extraordinario de fuerza. Era preciso enviar a la Marina para que persiguiese a los contrabandistas por las costas del país. Tenían que prohibir la venta de alcohol por motivos médicos. Imponer condenas de prisión mucho más severas a los traficantes de alcohol hasta que lograsen encerrarlos a todos.⁵⁶ En suma, debían librar una guerra implacable contra el alcohol hasta que no fuese más que un recuerdo.

En apenas unos años, Harry pasaría de ser un eficaz agente de la Ley Seca, aunque frustrado, a dirigir una oficina gubernamental en la capital del país. ¿Que cómo lo hizo? Resulta difícil saberlo, pero sin duda debió de serle de gran ayuda su matrimonio con Martha Denniston, una joven que pertenecía a una de las familias más ricas del país, los Mellon. De esa forma se convirtió en pariente cercano del secretario del Tesoro, Andrew Mellon, y la Oficina Federal de la Prohibición pertenecía justamente al Tesoro.

Harry fue consciente de la debilidad de su posición desde el mismo momento en que se hizo cargo de la agencia. Desencadenar una guerra contra unas sustancias concretas (cocaína y heroína, ambas ilegalizadas en 1914) no era suficiente. Estas drogas solamente las consumía una pequeña minoría y, por tanto, no se podía mantener activo a todo un departamento con semejantes migajas. Harry necesitaba más.

Justo cuando estaba dándole vueltas a esta idea, empezó a reparar en ciertas noticias de la prensa que llamaron mucho su atención. Algunas tenían titulares tan llamativos como el publicado por el *New York Times* en su edición del 6 de julio de 1927: «Una familia mexicana se vuelve loca».⁵⁷ Y la noticia decía: «Una viuda y sus cuatro hijos han perdido el juicio después de haber ingerido plantas de marihuana. Según los médicos que los han atendido, no es posible salvar la vida de los

niños, aunque sí la de la madre, que sin embargo no podrá recuperar la cordura». Al parecer la mujer no tenía dinero para comprar comida, así que decidió comerse algunas de las plantas de marihuana que cultivaba en su jardín. Poco después, «los vecinos, alarmados por los estallidos de risa enloquecida que habían oído, se acercaron presurosos a la casa, donde encontraron a la familia entera presa de la locura».

Durante mucho tiempo Harry había desestimado el cannabis porque consideraba que no sería más que una molestia innecesaria que le distraería de las drogas importantes que quería combatir.⁵⁸ Para él no era una sustancia adictiva,⁵⁹ y, según decía, «posiblemente no haya falacia más absurda» que afirmar que esta droga provoca delitos violentos.

Pero de pronto empezó a defender la postura contraria. ¿Y por qué? Pues porque creía que los dos grupos más temidos en Estados Unidos —los inmigrantes mexicanos y los afroamericanos— consumían mucho más cannabis que los blancos,⁶⁰ y de hecho en su comparecencia ante el Comité de Presupuesto del Congreso presentó un panorama espeluznante de la situación a la que conduciría ese consumo. Según sus informaciones, «estudiantes de color de la Universidad de Minnesota salían de fiesta con otras estudiantes (blancas) y se ganaban su simpatía contándoles historias de persecución racial. ¿Y cuál era el resultado? Muy sencillo: embarazo».⁶¹ Declaraciones como esta fueron uno de los primeros indicios de lo que vendría en el futuro.

Anslinger escribió a treinta expertos en el tema para preguntarles acerca de algunos asuntos relativos a la marihuana. Veintinueve respondieron que sería un error prohibir esta droga, y que, en líneas generales, se la estaba presentando en la prensa de una manera completamente inadecuada.⁶² Anslinger, sin embargo, decidió pasarlos por alto y citar en su lugar al único experto que consideraba la marihuana como algo nocivo que debía ser erradicado.

Basándose en este único testimonio, advirtió a los ciudadanos sobre lo que podría sucederles si llegaran a fumar hierba. Primero se cae en un estado de «ira delirante». Después se ve uno asaltado por «sueños [...] de carácter erótico». Luego «se pierde el dominio del pensamiento racional». Y por último se vería ante un desenlace inevitable: «La locura».⁶³ Por lo tanto, si una persona se encontrara bajo los efectos del cannabis, podría llegar a salir a la calle y matar a alguien,⁶⁴ y todo habría terminado antes de que pudiera darse cuenta de que había abandonado la habitación, porque, como resaltaba Harry, la marihuana «convierte al hombre en un animal salvaje».⁶⁵ De hecho, «si el abominable monstruo

de Frankenstein se las viera con el monstruo de la marihuana se moriría de miedo».⁶⁶

Uno de los médicos que se puso en contacto con Harry fue Michael V. Ball, pero si lo hizo fue porque no compartía su visión de las drogas, ya que mientras estaba en la facultad había tomado extracto de cannabis y únicamente le había provocado somnolencia. Por eso tenía la sospecha de que las historias que circulaban sobre dicha droga no eran ciertas. Puede que el cannabis, tal como decían, volviera a la gente loca en un número ínfimo de casos, pero era muy posible que las personas que reaccionaban de esa manera sufrieran ya antes de algún problema mental que todavía no se había manifestado. En consecuencia, argumentaba Ball, era preciso realizar estudios de laboratorio rigurosos para averiguar la verdad, y así se lo expresaba a Anslínger para que lo considerase.

Este le replicó con firmeza: «El mal de la marihuana no es algo que se pueda seguir postergando»,⁶⁷ y, por lo tanto, no estaba dispuesto a financiar ningún estudio independiente, ni en ese momento ni en el futuro.⁶⁸

A lo largo de los años, algunos otros médicos siguieron presentándole pruebas de que estaba en un error, pero Anslínger se limitaba a espetarles que estaban «adentrándose en terreno peligroso»⁶⁹ y que deberían vigilar sus palabras. Además ordenó a la policía de todo el país que buscaran casos en los que la marihuana hubiera provocado el asesinato de alguna persona, y al poco empezaron a llegar a su despacho infinidad de historias de esas.⁷⁰

Para Harry, y para el resto del país, el caso determinante fue el de un hombre llamado Victor Lacata. A este joven de veintiún años originario de Florida se le consideraba «un muchacho sensato y bastante tranquilo»,⁷¹ hasta el día en que se puso a fumar cannabis. Entonces, poseído por un «sueño de marihuana»⁷² en el que creía ser atacado por unos hombres que le iban a cortar los brazos, cogió un hacha y descuartizó a su madre, a su padre y a sus tres hermanos.

La prensa, incitada por Harry, hizo famoso el caso de Lacata.⁷³ Si los hijos de los lectores empezaban a fumar marihuana, a estos últimos les daría por pensar que también ellos podrían acabar descuartizados a manos de su prole. Sin embargo no fue Anslínger quien ideó estos argumentos;⁷⁴ de hecho, se habían difundido a finales del siglo XIX en México, donde la gente estaba firmemente convencida de que la marihuana te vuelve, literalmente, loco. Y tampoco fue el único que los impulsó en Estados Unidos, ya que a la prensa le encantaban esas historias, sobre todo a los medios de William Randolph Hearst. La novedad residía en

que Anslinger les dio por primera vez el respaldo de un departamento del Gobierno que iba a difundirlas por toda la nación y además con el sello «oficial» que certificaba su veracidad. De las nubes de humo del cannabis salen otros Victor Lacata muy cerca de nosotros, advertía Anslinger.

Y sus advertencias funcionaron. La gente empezó a exigir más fondos para la Oficina Federal de Estupefacientes, para que pudiera salvarles de aquella horrible amenaza.⁷⁵ El problema de Harry —esto es, la fragilidad de su nuevo imperio— estaba empezando a desaparecer.

Unos años más tarde, el profesor de Derecho John Kaplan volvió a revisar el historial médico de Victor Lacata.⁷⁶ Según los psiquiatras que lo examinaron, el paciente sufría desde hacía tiempo una demencia «aguda y de carácter crónico».⁷⁷ En su familia había antecedentes de personas que habían padecido una enfermedad mental de índole similar —tres de ellas internadas en una institución especializada— y, un año antes de los asesinatos, la policía de la ciudad había intentado ingresar a Victor Lacata en un hospital psiquiátrico, pero sus padres insistieron en que preferían cuidar ellos mismos de su hijo. Los psiquiatras estaban convencidos de que el consumo de cannabis no tenía ninguna relevancia en el caso de Lacata, hasta el punto de que ni siquiera lo mencionaron en su historial clínico.⁷⁸

Pero Anslinger tenía al fin la historia que buscaba. En una conocida alocución radiofónica, afirmó: «Atención, padres, estad atentos. Vuestros hijos [...] se ven expuestos a un peligro de nuevo cariz que adopta la forma de un cigarrillo pero que está relleno de una droga, la marihuana. Los jóvenes acaban esclavizados por este estupefaciente, al que siguen siendo adictos hasta que, una vez socavadas sus facultades mentales, caen en la demencia [y] hace que cometan crímenes y actos violentos».⁷⁹

Harry se apegó a esta historia contra viento y marea, porque mientras por un lado sostenía, frente a un muro de escepticismo, que la marihuana provocaba locura, por otro había hecho un descubrimiento increíble. Todos se habían burlado de él cuando reveló que existía la Mafia. ¿Qué pruebas tenía?, le preguntaron ásperamente. Ahora, gracias a sus agentes, Anslinger podía demostrar que la Mafia no solo era algo real, sino que además era una organización de mucha mayor entidad de lo que habían imaginado. En un álbum de recortes había ido recopilando datos de los ochocientos mafiosos que operaban en Estados Unidos.⁸⁰ Sus redadas demostraban que estaba en lo cierto, pero las autoridades se seguían negando a creerle y, con bastante torpeza, prefe-

rían mirar a otro lado.⁸¹ Algunos de ellos eran corruptos;⁸² otros no querían alterar sus historiales impolutos metiéndose en una cruzada conflictiva y preñada de dificultades como aquella;⁸³ y otros, sencillamente, tenían miedo. No en vano, el jefe de policía de Nueva Orleans, David Hennessy, había sido asesinado por investigar con demasiado ahínco a la Mafia.⁸⁴

Después de aquel primer caso, Anslinger empezó a confiar en que todas sus otras sospechas se acabaran confirmando. Lo único que tenía que hacer era desafiar a los «expertos» y seguir fiel a su instinto hasta que finalmente quedara demostrado que él tenía más razón de lo que cualquiera hubiera podido predecir.

Anslinger redobló su campaña contra las drogas. Las consecuencias más aterradoras de la marihuana —advertía— se daban en los negros. Esta droga hacía que se olvidaran de las barreras raciales y dieran rienda suelta a su deseo con las mujeres blancas.⁸⁵ Obviamente, en la década de 1930 cada cual hablaba de raza en términos muy distintos, pero la intensidad de las opiniones defendidas por Harry escandalizaba incluso en aquellos años, y cuando se supo, por ejemplo, que en un informe interno se refería a un sospechoso como un «negrata», Joseph P. Guffey, senador por Pensilvania, el estado natal de Anslinger, exigió su dimisión. Tiempo después, cuando uno de los pocos agentes de color a las órdenes de Anslinger, un hombre llamado William B. Davis, se quejó de que sus colegas se dirigieran a él llamándole «negro», Anslinger lo despidió *ipso facto*.⁸⁶

No pasaría mucho tiempo antes de que empezara a tratar a sus críticos de la misma forma. Cuando la Asociación Médica Americana presentó un informe en el que desacreditaba algunas de sus afirmaciones más conflictivas, Anslinger anunció que si alguno de sus agentes era sorprendido con una copia del mismo sería despedido en el acto.⁸⁷ Y cuando algún tiempo después se enteró de que un profesor llamado Alfred Lindesmith sostenía que los drogadictos debían ser tratados de una forma personal y humana, Harry ordenó a sus hombres⁸⁸ que advirtieran a la universidad donde enseñaba Lindesmith de que se le relacionaba con una «organización criminal»,⁸⁹ pero además mandó intervenir su línea telefónica⁹⁰ y envió a unos cuantos de sus hombres para decirle que mantuviera la boca cerrada.⁹¹ Harry no podía controlar la circulación de drogas,⁹² pero había empezado a comprender que sí que podía controlar la circulación de las ideas, aunque no solo iba a tener que silenciar a científicos.

A juzgar por sus escritos, Anslinger estaba obsesionado con Billie

Holiday, y por eso pensé que en esa historia debía de haber algo importante. Si quería averiguar cuál era ese elemento oculto tenía que localizar a todos los que hubieran conocido a Billie y que aún estuvieran vivos para que me facilitasen información sobre ella.⁹³ Pues bien, precisamente una de esas personas —su ahijado, Bevan Dufty— me contó que su madre había sido una de las mejores amigas de Billie y que estaba convencida de que Billie había sido en realidad asesinada por las autoridades. Dufty conservaba en el desván de su casa algunos de los escritos de su madre en los que trataba este asunto, los cuales habían permanecido ocultos durante años. Y viendo mi interés tuvo la gentileza de mostrármelos. Cuando cotejé las declaraciones de los amigos de Billie así como las biografías de la cantante con todo lo que guardaba Harry en sus archivos, empecé a ver esta historia con más claridad.

El jazz representaba justamente lo contrario de todo aquello en lo que Harry creía. El jazz es algo improvisado y relajado, una música de estilo libre. De hecho marca su propio ritmo. Y lo peor de todo, es una mezcla de música europea, caribeña y africana que acabó tomando forma en las costas de Estados Unidos. Para Anslinger era la anarquía musical, además de una prueba de que los impulsos primitivos de los negros siempre están subyacentes en ellos, aguardando la oportunidad propicia para salir a la luz. Según uno de sus informes internos, el jazz «sonaba como la jungla en plena noche».⁹⁴ En otro memorándum advertía de que la música de los negros «recupera los antiguos ritos de las Indias Orientales, sumamente indecentes».⁹⁵ Las vidas de los *jazzmen*, decía, están «plagadas de guarrerías».⁹⁶

Sus agentes, por su parte, le informaron de que «muchos de los músicos de jazz creían que tocaban maravillosamente cuando estaban bajo los efectos de la marihuana, pero en realidad ca[en] irremediablemente en la confusión y toc[an] de manera horrorosa».⁹⁷

La Oficina Federal de Estupefacientes creía que la marihuana ralentiza sustancialmente la percepción del tiempo⁹⁸ y que por ese motivo el jazz sonaba de una manera tan peculiar: los músicos vivían literalmente a un ritmo diferente, fuera de la escala humana. «La música cautiva —decía un informe—, pero esta no lo hace.»⁹⁹ En realidad, Harry consideraba el jazz como una prueba más de que la marihuana lleva a la locura. Así, por ejemplo, la canción *That Funny Reefer Man*¹⁰⁰ decía en uno de sus versos «*Any time he gets a notion, he can walk across the ocean*» [«Cada vez que tiene una idea, es capaz de caminar sobre las olas»].

Y los agentes de Harry señalaban: «[Ese tipo] está convencido de que puede hacerlo».

Anslinger veía en el jazz a una pléthora de hombres como Charlie Parker,¹⁰¹ Louis Armstrong¹⁰² y Thelonious Monk¹⁰³ y —tal como apuntaba el periodista Larry Sloman— ansiaba verlos a todos entre rejas.¹⁰⁴ A los agentes que había enviado en su persecución les envió por escrito las siguientes instrucciones: «Preparen todos los casos que hallen en su jurisdicción en los que estén implicados músicos que hayan violado las leyes relativas a la marihuana. Vamos a organizar una gran redada a nivel nacional para arrestarlos a todos en un solo día. En breve les haré saber cuándo se llevará a cabo».¹⁰⁵ A la hora de realizar un arresto por drogas, aconsejaba a sus hombres «disparar primero».¹⁰⁶

En cuanto a los congresistas, intentó tranquilizarlos asegurándoles que sus enérgicas medidas no iban a afectar «a los músicos buenos sino solamente a los músicos de jazz».¹⁰⁷ Sin embargo, cuando Harry fue tras ellos, resultó que el entorno del jazz guardaba un arma que a la postre iba a ser su salvación: la solidaridad incondicional de todos sus miembros. Esa es la razón por la que los hombres de Harry apenas pudieron encontrar a nadie que estuviera dispuesto a delatar a sus compañeros,¹⁰⁸ y cuando lograban trincar a alguno, los demás reunían el dinero necesario para pagar la fianza.¹⁰⁹

Al final resultó que hasta el Departamento del Tesoro consideraba una pérdida de tiempo seguir actuando contra una comunidad que no había forma de doblegar, y así se lo hizo saber a Anslinger,¹¹⁰ que redujo su zona de operaciones hasta dejarla concentrada en un solo punto: la mejor vocalista de jazz que haya existido jamás.

Billie Holiday vino al mundo pocos meses antes de que fuera promulgada la Harrison Act,¹¹¹ la primera ley que prohibía la cocaína y la heroína, y que a lo largo de su vida llegaría a ser como una hermana gemela para ella.¹¹² Poco después de que Billie naciera, su madre, Sadie, una joven de diecinueve años, había empezado a ejercer la prostitución, mientras que su padre, de diecisiete, desaparecía sin dejar rastro.¹¹³ Tiempo después fallecía de neumonía porque en el Sur no pudo encontrar ningún hospital que tratara a hombres de color.¹¹⁴

Billie se crió sola en las calles de Baltimore, desafiando las dificultades. Por aquel entonces Baltimore era la única ciudad de Estados Unidos que no disponía de alcantarillado,¹¹⁵ de manera que Billie se pasó la infancia entre las nubes de humo maloliente que generaba la quema de

los residuos domésticos.¹¹⁶ El gélido barrio del extrarradio en el que vivía era conocido como Pigtown y muchos de sus habitantes vivían en chabolas. La pequeña Billie se ocupaba cada día de lavar y asear a su bisabuela, una anciana que siempre estaba contándole historias de su juventud, cuando era esclava en una plantación de Virginia.¹¹⁷

Billie no tardaría mucho en aprender que había muchos lugares en los que tenía vetada la entrada simplemente por el color de su piel. En un establecimiento que vendía perritos calientes solo se le permitía entrar si no había nadie a la vista, pero si trataba de comérselos en el interior, le echaban un buen rapapolvo aun cuando no hubiera nadie mirando.¹¹⁸ Su instinto le decía que aquello no estaba bien y que era preciso cambiarlo, así que un día se hizo una promesa a sí misma: «Un día tomé una decisión: jamás haría ni diría nada que no sintiera. Nada de “por favor, señor” ni “gracias, señora”. No, a menos que realmente lo sintiera. Solamente alguien pobre y negro sabe cuántas veces le van a golpear por el mero hecho de intentar hacer algo tan sencillo como eso».¹¹⁹ Esta promesa iba a definir su vida... y su actitud frente a Harry.

Cuando tenía diez años, un vecino suyo —un hombre de unos cuarenta años llamado Wilbert Rich— se presentó en su casa diciéndole que su madre le había enviado a buscarla.¹²⁰ Tenía que llevarla a la casa de otra persona, dijo, donde debía esperar a su madre. Billie se sentó y esperó y esperó, pero su madre no venía; estaba oscureciendo cuando, cansada, dijo que tenía sueño. El hombre la llevó entonces a una cama. Y cuando estaba acostada se abalanzó sobre ella y la violó.

Billie chilló y le clavó las uñas y cuando pedía ayuda a gritos, alguien debió de oírla, pues la policía acabó apareciendo por la casa.¹²¹ Sin embargo, apenas entraron en la habitación se hicieron su propia composición de la escena. Billie, según ellos, era una prostituta que había engañado a aquel pobre hombre. De modo que la metieron dos días en un calabozo. Meses más tarde, Wilbert Rich fue condenado a tres meses de cárcel y Billie a un año de reclusión en un reformatorio.¹²²

Las monjas que dirigían el centro, un recinto amurallado y completamente aislado, miraron a la chiquilla y rápidamente llegaron a la conclusión de que estaban ante una niña mala a la que había que meter en vereda. Billie, sin embargo, se obstinaba en burlar sus intentos de control, así que las monjas decidieron «darle una lección».¹²³ La llevaron a una habitación en la que no había más que un cadáver, cerraron la puerta y la dejaron allí sola toda la noche. Billie aporreó la puerta hasta que se le ensangrentaron las manos, pero nadie acudió.¹²⁴

Cuando se marchó —del convento y también de Baltimore— estaba

decidida a encontrar a su madre, que, por lo que sabía, estaba en Harlem.¹²⁵ Llegó en autobús un frío día de invierno y se dirigió a la última dirección que le habían dado de ella, que para su sorpresa resultó ser la de un burdel.¹²⁶ Su madre trabajaba allí por una miseria, y con su exiguo salario no tenía forma de mantener a las dos. De manera que no pasó mucho tiempo antes de que Billie fuera expulsada de la casa; tenía tanta hambre que apenas podía respirar sin sentir dolor. Así las cosas, Billie empezó a convencerse de que no tenía más que una salida. Se dirigió a un prostíbulo y la madama se ofreció a darle el 50 % de lo que cobrara por acostarse con otros hombres.¹²⁷ Billie tenía entonces catorce años.

Pronto tuvo su propio chulo. Louis McKay era un tipo violento y vulgar que iba a romperle las costillas y a golpearla hasta la extenuación. Años más tarde concertaría un encuentro con Harry Anslinger, algo que sería crucial, e incluso trabajaría para él. En apenas unos años, la madre de Billie iba a aconsejarla que se casara con él: Louis, según dijo, era un hombre muy amable.¹²⁸

Un día Billie fue detenida por ejercer la prostitución,¹²⁹ pero una vez más, en lugar de liberarla de su chulo y de las violaciones sufridas, fue castigada.¹³⁰ Se la envió a la cárcel de Welfare Island y, cuando salió, fue en busca de las sustancias más duras y que más alto la hicieran volar. En un principio se inclinó por White Lightning,¹³¹ un whisky de maíz con un 70 % de alcohol; pero a medida que fue haciéndose mayor trató de mitigar su dolor acudiendo a drogas más duras. Una noche, un blanco de Dallas llamado Speck le enseñó a ponerse heroína.¹³² Solo había que calentar la heroína en una cuchara e inyectársela luego en las venas.¹³³ Cuando no estaba bajo los efectos del alcohol o de las drogas,¹³⁴ Billie caía en el pozo negro de la depresión y se sentía tan intimidada que apenas podía articular palabra.¹³⁵ Todavía se despertaba gritando en mitad de la noche, atenazada por el recuerdo de su violación y su encarcelamiento.¹³⁶ «Soy drogadicta y sé que eso no es bueno —le dijo a un amigo—, pero es lo único que me hace ser consciente de que existe alguien llamado Billie Holiday [...]. Y Billie Holiday soy yo.»¹³⁷

Sin embargo, por aquel entonces iba a descubrir algo más. Un día estaba medio muerta de hambre, después de haber estado deambulando por los garitos de Harlem en busca de trabajo y recibiendo siempre la misma respuesta: que no había nada para ella. Al final entró en un local llamado Log Cabin y se ofreció como bailarina, pero cuando intentó dar unos pasos resultó obvio que no era lo bastante buena. Desesperada, le dijo al propietario que podría trabajar de cantante. Él señaló

a un viejo pianista que estaba en la esquina y le pidió a Billie que propusiera una canción.¹³⁸ Cuando empezó a interpretar *Trav'llin' All Alone*, los clientes dejaron a un lado sus bebidas y se pusieron a escucharla con atención. Y cuando sonaron los últimos compases de la siguiente canción, *Body and Soul*, tenían lágrimas en las mejillas.¹³⁹

Billie imponía siempre su propio ritmo, tanto en la música como en la vida. En una celebración de Fin de Año, un marinero vio que le servían una copa y preguntó: «¿Desde cuándo se sirve aquí a las zorras negras?». Billie le estampó una botella en la cara.¹⁴⁰ En otra ocasión se hallaba en un bar distinto, cuando un grupo de soldados y marineros se pusieron a apagar sus cigarrillos en su abrigo de visón.¹⁴¹ Billie entregó el abrigo a un amigo para que se lo sostuviera, cogió un cenicero con forma de diamante y los dejó fuera de combate.

Sin embargo, en lo que concierne a los hombres que pasaron por su vida, esa tendencia a la autodefensa desaparecía como por ensalmo.¹⁴² Louis McKay, que había ascendido de proxeneta a «mánager» y marido, le robó prácticamente todo su dinero. Después de su extraordinaria actuación en el Carnegie Hall, le propinó tantos puñetazos en la cara que salió volando.¹⁴³ Su historia, para entonces, estaba a punto de chocar con la de Harry Anslinger. Y es que este había estado observándola con mucha atención.

Harry había oído rumores de que aquella nueva estrella negra de la canción consumía heroína, así que pidió al agente Jimmy Fletcher que no se despegase de ella.¹⁴⁴ La verdad es que detestaba contratar a agentes negros, pero si enviaba blancos a Harlem y Baltimore no podrían pasar inadvertidos.¹⁴⁵ Jimmy Fletcher era la solución. Su tarea consistía en arrestar a los de su propia raza, aunque Anslinger no dejaba de recalcar que, en la agencia, ningún negro podría llegar nunca a ser jefe de un blanco. A Jimmy se le había permitido traspasar el umbral de la agencia pero jamás se le permitiría ascender. Era, y seguía siendo, un «infiltrado»,¹⁴⁶ es decir, un agente que recorría las calles tratando de averiguar quién vendía, quién compraba y quién tenía que ser arrestado. En el ejercicio de sus funciones solía llevar mucha droga encima, pero es que además se le permitía comprar drogas para ganarse la confianza de las personas a las que tramaba detener.

Muchos agentes en su posición consumían heroína con sus clientes para «demostrar» que no eran de la policía.¹⁴⁷ No sabemos si Jimmy adoptaba esa misma táctica, pero lo que sí sabemos es que no se apiada-

ba de los drogadictos. «Nunca conocí a ninguna víctima —decía—. Cuando te enganchas a la droga te conviertes en tu propia víctima.»¹⁴⁸

La primera vez que vio a Billie estaba en el piso de su cuñado, bebiendo tanto alcohol como para tumbar a una mula y esnifando cocaína sin parar.¹⁴⁹ La segunda fue en un burdel de Harlem, haciendo exactamente lo mismo. Si Billie estaba dotada para algo, además de para la música, era para la invención de improperios:¹⁵⁰ que te llamara «hijo de puta» era todo un cumplido por su parte.¹⁵¹ No sabemos cuándo se lo llamó a Jimmy por primera vez, pero no pasaría mucho tiempo antes de que reparara en aquel hombre que estaba siempre merodeando por allí, al acecho, y que hasta llegó a gustarle.

Cuando enviaron a Jimmy para que procediera con la detención, llamó a la puerta diciendo que tenía que entregarle un telegrama. Julia Blackburn, biógrafa de Billie Holiday, tuvo la oportunidad de revisar la única entrevista que concedió Jimmy Fletcher —hoy en día perdida por los propios archivos encargados de su conservación— y escribió en extenso acerca de lo que aquel recordaba sobre la detención:

—¡Pásalo por debajo de la puerta! —clamó Billie.

—Es demasiado grande para que pase —replicó él.

Billie le dejó entrar. Estaba sola en la habitación. Jimmy se sentía incómodo, así que le dijo:

—Billie, ¿por qué no nos lo pones fácil y nos entregas lo que tengas, si es que guardas algo? Si no tendremos que registrarlo todo, revolver tu ropa y todas tus cosas. Así es que ¿por qué no lo hacemos así?¹⁵²

Pero en esas llegó el compañero de Jimmy y mandó a buscar a una agente para que cacheara a Billie.

—No es necesario. Me quitaré la ropa —dijo Billie—. Solo quiero saber si me dejaréis marchar en cuanto me hayáis cacheado, porque lo único que va a hacer la agente es sobarme el coño.

Billie se desnudó allí mismo y luego se fue al baño y orinó delante de ellos, retándolos a mirarla.

Cuando Billie cantaba *Loverman, where can you be?* no era un hombre lo que pedía a gritos: era heroína.¹⁵³ Pero cuando se enteró de que sus amigos del mundo del jazz tomaban la misma droga que ella, les pidió que lo dejaran.¹⁵⁴ «No me imitéis —clamaba—. No hagáis nunca eso.»

Billie seguía intentando dejar las drogas. Hacía que sus amigos la mantuvieran encerrada en sus casas día tras día mientras pasaba el sín-

drome de abstinencia. Y cuando volvía a buscar a sus camellos se maldecía a sí misma llamándose «Holiday la cobarde». ¹⁵⁵ ¿Por qué no era capaz de dejarlo? «Ya es bastante duro salir de la droga cuando tienes a alguien que te quiere, que confía y cree en ti. Yo no tenía a nadie», escribió Billie. En realidad, añadía, no era del todo cierto. Tenía a los agentes de Anslinger, «que apostaban su tiempo, su dinero y hasta la suela de sus zapatos a que me cogerían. No hay nadie que pueda vivir así». ¹⁵⁶

La mañana en que la detuvo por primera vez, Jimmy se llevó aparte a Billie y le prometió que hablaría personalmente con Anslinger. «No quiero que te quedes sin trabajo», añadió. ¹⁵⁷

Poco después se la encontró por casualidad en un bar y compartió mesa con ella y *Chiquita*, su chihuahua, y estuvieron charlando durante horas. ¹⁵⁸ Y entonces, una noche que estaban en el club Ebony acabaron bailando juntos: Billie Holiday y el agente de Anslinger moviéndose juntos al compás de la música.

«Yo hablé con ella de tantas cosas y con tanta confianza...», recordaría Fletcher años más tarde. «Era una de esas personas que caían bien a todo el mundo porque era todo amor.» ¹⁵⁹ El hombre que Anslinger había enviado para seguir y detener a Billie, por lo visto se había enamorado de ella. ¹⁶⁰ Y es que frente a un auténtico drogadicto, en el trato íntimo, el odio desaparecía.

A Anslinger, pese a todo, se le iba a brindar una oportunidad de atrapar a Billie, y esa oportunidad vendría precisamente del mundo del jazz. Billie se presentaba en los conciertos tan magullada por los golpes de Louis McKay que, antes de salir a cantar, tenían que vendarle las costillas. ¹⁶¹ Tenía demasiado miedo para denunciarlo a la policía, pero al final consiguió reunir el valor necesario para cortar con él.

«¿Y por qué tengo que aguantarle a esta zorra todo eso? Es una zorra cualquiera», decía McKay, furioso. «Si tengo una zorra, o me hace ganar pasta, o no quiero saber nada de ella. Yo no quiero su coño.» ¹⁶² Había llegado a sus oídos que Harry Anslinger buscaba información sobre Billie, y McKay sentía curiosidad. «[Billie] se ha librado de mucha mierda», dijo McKay, no sin añadir que quería que «el culo de Holiday [acabase] en algún rincón del East River». Este, parece, fue el factor decisivo. «Tengo material suficiente para acabar con ella —afirmaba—. Voy a apretarle las tuercas, haré que no lo olvide en su vida.» McKay viajó a Washington para reunirse con Harry y allí accedió a tenderle una trampa a Billie. ¹⁶³